

ARMANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

EN TORN O A L P R O B L E M A D E D I O S

1. Actualización del problema. 2. La disyuntiva fundamental. 3. La naturaleza de Dios: antinomias. 4. Soluciones monista, dualista y agnóstica. 5. La certeza inaccesible. 6. ¿Ha muerto Dios? 7. Su eterno silencio. 8. El Dios personal, el Dios amado y las diversas esferas de solidaridad.

1. RECOGIENDO el tema de un artículo del mes de abril de la revista norteamericana *Time* —“Is God Dead?”— inspirado, a su vez, en un célebre pasaje de Nietzsche, la Radio Portales lo ha sometido al debate de su foro semanal que denomina *La gran encuesta*. De tal manera interesó y apasionó al público de esa audición que, transmitido por primera vez el 10 de julio, debió ser retransmitido a la semana siguiente.

Participantes: los jesuitas RR. PP. Manuel Ossa y Hernán Larraín, y los señores Manuel Guastavino, Arturo Aldunate Phillips y el Dr. Hernán Romero. El debate duró dos horas completas, sin que desmayara un solo instante el clima de alta tensión, si así puedo expresarme, que desde el comienzo logró imponer el R. P. Ossa, el primero en hacer uso de la palabra. Los cinco interlocutores hicieron derroche de talento, de saber, de elocución exacta, precisa, fluida y elegante. Por añadidura, todos mantuvieron, desde el principio hasta el fin, una ponderación, un dominio de sí mismos, una deferencia recíproca y una elevación de tono tanto más encomiables cuanto que, lo repito, se percibía, casi se respiraba, bajo las formas de la cortesía, la tensión latente de posiciones espirituales irreductiblemente contrapuestas.

El éxito de este foro nos franquea una primera comprobación: existe en el gran público, frente a esta clase de problemas, una viva curiosidad; tal vez una necesidad o una ansiedad. Y tal sentimiento rebasa los cenáculos específicamente religiosos o confesionales, para acudir en demanda de satisfacción a tribunas “no

comprometidas", desde las cuales se espera escuchar voces libres, voces múltiples, que permitan a quien recogidamente las escucha, realizar su personal confrontación y llegar, tal vez, superada la anterior desorientación, a un pronunciamiento aquietante, apaciguador de viejas incertidumbres.

Es esta consideración la que me decide a una intervención hasta cierto punto tardía. Fue mi primera intención realizarla en la prensa diaria, pero la extensión que inevitablemente debí dar a mis observaciones frustraron aquel propósito de actualidad. Quedan cosas por decir. O más bien, a los auditores de aquel foro no se les proporcionaron algunos elementos de juicio que, me imagino, les podrán ser útiles para fundamentar la propia convicción. Desde luego, cabe advertir que la encuesta *¿Ha muerto Dios?*, en virtud de los términos mismos de su enunciación ya acusa un carácter acaso más literario o sociológico que filosófico, que nos explica algunas digresiones y divagaciones, casi inevitables, por lo demás, en la improvisación.

Huelga decir que expresaré un punto de vista netamente personal, pues en esta materia, según se apreciará más adelante, la sola manera de realizar una contribución positiva, es aportar una experiencia lo más auténtica posible. Y baste de preámbulo.

2. O el mundo es eterno y autónomo, en el sentido de autosuficiente, o el eterno es esa entidad denominada Dios, quien sería el causante o creador del mundo. No hay término medio a esta alternativa, pues el panteísmo debe ser englobado como una de las expresiones del primer término: decir que "el mundo es Dios" o que "no hay Dios" son proposiciones equivalentes.

¿Por cuál miembro de esa disyuntiva nos decidiremos?... El sentido común, o nuestro hábito de asignar causas a los fenómenos registrados por nuestra experiencia sensorial, parecen quedar mejor satisfechos con la segunda hipótesis: existe un Dios que ha creado el mundo. Entonces todos los problemas se desvanecen, pues todo halla su explicación: el comienzo del proceso cósmico, la ordenación o regularidad de sus fenómenos, la finalidad a que parecen subordinados, el origen de la vida y del pensamiento y el destino del hombre y de la especie.

3. Pero surge una dificultad que se nos adelanta para amagar esta confianza recién conquistada: la idea misma de Dios nos plantea o crea nuevos problemas, al parecer tan arduos como el de explicarnos el mundo sin recurrir a la "causa de las causas". O más.

En efecto, según una tradición metafísica que podemos retrotraer hasta Platón, y tal vez hasta Anaxágoras, Dios ha de ser un ente inmaterial. (Si lo supusiéramos material, nada habríamos avanzado hacia la solución de las incógnitas que nos crea precisamente la materia). Pero ¿qué podría significar un ente desprovisto de materia?... A fuerza de oír hablar de “espíritus” en nuestra tradición cultural milenaria, hemos llegado a olvidarnos de la problemática entrañada en el concepto. En un principio la idea de Dios —o de los dioses— fue del todo antropomórfica. Diría que fue concebido como un cuerpo sólido. Posteriormente se fue desmaterializando hasta convertirse en algo así como un soplo o un aliento. Con Aristóteles la desmaterialización se consuma, pues este filósofo elabora un concepto de la divinidad en que ella resulta inteligencia pura y *acto puro*. (¡No confundir esta noción metafísica de *acto*, en cuanto contrapuesta a su correlativa de *potencia*, con nuestra idea corriente de *acción*!). Me atrevería a decir que ese Dios de Aristóteles es la entelequia más audaz y temeraria jamás lucubrada por la mente humana puesta a filosofar. La escolástica dio a esa concepción los toques finales, y así obtuvimos un Dios elaborado mediante una serie de *remociones*, *depuraciones* y *sublimaciones* (con este sustantivo traduzco la “*via eminentiae*” de la escolástica), que nos dicen más “lo que no es” que “lo que es”, según ya lo advirtiera San Agustín. En este afán por depurar el concepto de Dios, quedó tan alejado de las realidades de nuestra experiencia, que el filósofo Escoto Erígena llegó a afirmar que, “debido a su excelencia misma, no sin motivo Dios es llamado la *nada*”. Para el maestro Eckhart fue “una nada supraesente” y “una quietud desierta”. No se distancia mucho de él Jacobo Boehme, para el cual Dios fue “la nada eterna”.

¿No será entonces filosóficamente discreto resignarnos al hecho de que esta realidad del mundo encierra para nosotros varias incógnitas, las que el tiempo despejará o no despejará, en vez de introducir, con el nombre de Dios, una entidad cuya naturaleza misma es problemática e impensable?... “Hallo perfectamente posible pasar la vida entera sabiendo que nunca explicaremos el universo”, declara M. Claude Lévi-Strauss, catedrático de Antropología Social en el Collège de France, al que cita el mencionado estudio de *Time*.

Pero hay otras dificultades. Dios es infinito, por hipótesis. Pero el mundo no es Dios. Luego la realidad misma del mundo constituye un muro o un límite para Dios. Para ser infinito, debería incluir al mundo en su substancia, como postula el panteísmo. Dios era

feliz, en su solitaria eternidad. Pero resolvió comunicar algo de su dicha e hizo surgir las creaturas. Resultado: el dolor. Hay un cielo para los predestinados, pero también un sitio de sufrimiento para los réprobos. Si éstos son culpables —y merecedores, concedamos, de una sanción eterna—, ¿cuál es la culpa de los seres irracionales, como las bestias que sufren y jamás tendrán una compensación?... Adviértase que esta dificultad subsiste aun si, como lo hicieron muchos *herejes* y todos los deístas, suprimimos el infierno: el sufrimiento de los seres irracionales en ninguna hipótesis merecido, parece incompatible con la idea de un Creador infinitamente providente y bueno. Ningún teólogo ni pensador deísta, de aquéllos con los cuales he ventilado esta dificultad, ha podido ofrecerme una explicación ni siquiera remotamente aceptable. Y de tal manera aprecian la gravedad del problema, que el filósofo Jaime Balmes llegó al extremo de admitir la posibilidad de una vida ultraterrena para los animales, en la cual la Providencia los indemnizaría de las torturas que permitió se les infligiesen en su tránsito planetario. ¿No pudo un Dios perfecto hacer que el resultado de su acción creadora fuera sólo la dicha? ...Para todas estas objeciones existen respuestas, las que a su vez se ven enfrentadas a otras réplicas, y así ad infinitum, pues en este terreno nos debatimos entre conjeturas y no se vislumbran las evidencias, que entre seres racionales ponen fin a toda ulterior controversia.

Hay otra consideración que, aun cuando no posea la gravedad de las anteriores, no deja de sumergir al deísta en un abismo de perplejidades. Para él Dios es el Creador del mundo, que extrajo de la nada. El hecho de que el cristianismo nos tenga familiarizados con la imagen de la creación *ex nihilo* hace que ya no advirtamos la enormidad de tal concepto y su filiación con la magia antes que con cualquier sistema racional de pensamiento. El primero en elaborar filosóficamente la idea de la *creación* parece haber sido el judío alejandrino Filón. Por algo las herejías iniciales negaron la posibilidad de la creación, que sustituyeron por el concepto de "emanación", el cual reaparece insistentemente a lo largo de los siglos cristianos.

Si logramos deglutir la idea de la creación *ex nihilo*, no todo está salvado. ¿Cuándo fue creado el mundo? Imagínese la cifra de siglos más fabulosa que sea matemáticamente formulable. Siempre tendremos que hubo un tiempo en que, en la hipótesis deísta, el mundo no existía. Pues bien, antes de ese instante de la hipotética creación del mundo y consiguiente iniciación del proceso cósmico, ya había transcurrido una cifra de siglos inconmensurablemente ma-

yor que la transcurrida después. ¿Por qué Dios, transcurridos infinitos siglos —“infinitos”, en sentido de “indefinidos”— sacó al orbe de la nada? Si antes no experimentó la conveniencia de difundir su felicidad —¡y con qué frustraciones!— ¿por qué la experimentó sólo en un instante dado del tiempo?...

(Les pido excusas a los metafísicos ortodoxos por mi lenguaje antropomórfico, el único accesible a lectores que no sean profesionales de la filosofía. Tengo presente que, por definición, Dios *nada* resolvió ni *realizó* en el tiempo, sino desde el abismo de su propia eternidad. Pero, en fin, la creación se produjo en el tiempo. Esto no lo entenderán los lectores. Yo tampoco).

En buenas cuentas, para explicarnos los enigmas que nos ofrece el mecanismo del universo, recurrimos a Dios. Pero la idea misma de Dios nos plantea nuevos y más indescifrables enigmas. Yo diría que es hija de una impaciencia. Aunque sea de la más noble y respetable de las impaciencias.

4. Sinteticemos. Es posible que nada exista exterior y extraño al universo, el cual sería eterno y encerraría en su seno los gérmenes, raíces y potencialidades de todas sus evoluciones *ab aeterno e in aeternum*. Solución monista, ateísta o panteísta.

Y también es posible que, al lado del mundo, exista un ser inmaterial, que sería el eterno, infinito, necesario y perfecto. El creador del mundo, al que denominamos Dios. Solución dualista o deísta.

Cada una de estas dos hipótesis, filosóficamente considerada, encierra sus ventajas y sus inconvenientes, sus elementos positivos y negativos. Ambas son lícitas, porque tienen su grado o su dosis de probabilidad y de improbabilidad, y una de las dos debe corresponder a la realidad, sin que de antemano lo sepamos, pues eso precisamente es lo que hace su carácter de hipótesis. Puesto en trance de optar, cada cual parece dueño de inclinarse hacia aquella que mejor satisfaga sus exigencias y resistencias lógicas, a la vez que sus necesidades o aspiraciones de orden moral o emocional. O de no inclinarse por ninguna y suspender indefinidamente un pronunciamiento, indeciso o perplejo entre dos series de enigmas que parecen igualmente insolubles. Casi diríamos que la lógica nos otorga el derecho de creer en un universo eterno y autosuficiente (ateísmo) o impregnado de divinidad (panteísmo); de creer en un universo temporal, coexistente con un Dios creador (deísmo), o de no pronunciarnos, de suspender nuestro veredicto (agnosticismo). Según ello diremos: “Creo en Dios” o “no creo en Dios”, en el sentido de: “opino como lo para mí más probable que Dios

existe" o que "no existe", según los casos. También admitimos una tercera posición: la posibilidad lógica de suspender todo pronunciamiento, aun emasculado con la reserva de "probable", por estimar que las dificultades de ambas soluciones de tal modo se compensan que no autorizan una preferencia.

5. Pero este asunto admite ser planteado en otro terreno, aun cuando ya lo haya sido implícitamente en las consideraciones anteriores. ¿Cabe admitir no ya una mera probabilidad, sino una rigurosa certeza, sea para la solución de que existe el mundo solo o de que coexisten Dios y el mundo? La cuestión es de enorme importancia empírica. Si no admitimos la posibilidad de llegar a una verdadera certeza en este asunto, todos nos respetaremos recíprocamente, sea la que fuere la posición adoptada: todos estaremos dentro de la lógica y dentro de la ética. Por lo tanto, ejercitando uno de los "derechos humanos fundamentales": el de pensar. Pero si aquí cabe la certeza —la certeza aparente—, quien piense haberla atrapado mirará a los que no compartan su adhesión mental como víctimas del error o de sentimientos o prejuicios obnubiladores. Diagnóstico inevitablemente despectivo y nada propicio al mutuo respeto.

La intolerancia es hija de la certidumbre que se cree poseer. En el pasado las religiones fueron intolerantes con los extraños a su redil, pues los tenían por refractarios a la evidencia y, de consiguiente, por rebeldes o infieles al llamado con que Dios se hace presente a la conciencia de cada cual. Los protestantes fueron tan intolerantes como los católicos. A este respecto resulta un precioso documento de época la siguiente declaración de las *Constituciones de Anderson*, código adoptado en 1723 por la Gran Logia de Londres, recién organizada e integrada por protestantes: "A Mason is obliged... to obey the Moral Law; ...he will never be a stupid Atheist, nor an irreligious Libertine..." (*Encyclopaedia Britannica*, t. IX, p. 735 de la ed. 1959). O sea: "Un masón está obligado a obedecer la ley moral; ...jamás será un estúpido ateo ni un libertino irreligioso...". Siglo y medio más tarde el Concilio Vaticano I decretaba la excomunión contra quienes negaran a la razón humana la capacidad de probar apodícticamente la existencia de Dios, inferida del hecho de la existencia del universo. Hasta hace poco los tratadistas cristianos de filosofía, en el capítulo referente a Dios, no creían poder eludir esta cuestión: ¿pueden existir ateos de buena fe? Ello implicaba, naturalmente, una presunción de delincuencia intelectual en contra de los agnósticos. Todavía, en su *Diccionario de Filosofía*

(ed. Herder, Barcelona, 1953), el R. P. Walter Brugger, S. J., profesor en el Colegio Berchmans, de Múnich, no trepida en aseverar: "En un adulto mentalmente sano, es imposible tal actitud—habla del ateísmo— durante mucho tiempo, pues la naturaleza entera está ordenada hacia Dios" (pág. 27).

Volvamos a nuestra pregunta: ¿cabe llegar a la certeza en lo tocante a la existencia o no existencia de Dios? Las dificultades implícitas en ambas tesis son tales, según lo ya evidenciado, que sólo aparecen como asequibles en esta materia la probabilidad, la opinión, pero no esa certidumbre con la cual profesamos, verbigracia, el teorema de Pitágoras o el principio de Arquímedes.

También arribaríamos a parecida conclusión si sometiéramos a análisis cada una de las "pruebas" dadas como demostrativas de la existencia de Dios. Pero esto daría a lo menos para un extenso ensayo. Téngase presente que los problemas suscitados por la hipótesis de Dios ponen en juego las nociones fundamentales de la metafísica, a todas las cuales suponen una solución a firme: el ser y el existir, la necesidad y la contingencia, lo finito y lo infinito, la inmanencia y la trascendencia, la naturaleza íntima de la materia y de un presunto ser inmaterial, el origen del movimiento, los conceptos de causalidad, de analogía, etc.

Procede, en cambio, un sencillo argumento indirecto, cuyo peso imaginamos difícil subestimar. Cuando la certeza es asequible en cualquier terreno, todos se ponen espontáneamente de acuerdo, porque no cabe negarse a la evidencia. Hace tiempo se dijo por esto que no había escuelas en geometría. Donde las hay, se está fuera del reino de las evidencias, y sí en ese otro en que sólo campean la hipótesis, la probabilidad y la opinión.

Ahora bien, los grandes pensadores, al aplicar su espíritu al problema de Dios, han discrepado en sus posiciones. Para Descartes las demostraciones escolásticas se hallan desprovistas de "evidencia", y él estimaba adquirirla respecto de Dios remozando el argumento de San Anselmo, de que la mera idea del ser perfecto implica su existencia. A su turno, la escolástica posterior, hasta nuestros días, niega validez a la prueba cartesiana. Pascal, por su lado, no admitió que nuestra razón pudiera demostrar en rigurosa lógica ni la existencia de Dios ni la inmortalidad del alma. Spinoza identifica a Dios con la substancia universal y niega la posibilidad de una creación. Malebranche cree lograr un conocimiento inmediato, como intuitivo de Dios, pero recusa una demostración propiamente dicha. Es célebre la crítica demoledora de Kant a las pruebas tradicionales de Dios, en el cual él creyó, por lo demás, pero en virtud de las

implicaciones ético-religiosas de su *imperativo categórico*, que no constituyen un *saber*, sino *postulados*. También se desvanece la dualidad de Dios creador y mundo creado en el panteísmo idealista alemán y en el intuicionismo de Bergson.

Ahórrensenos proseguir este inventario, lo que no sería difícil.

Bien. Si algo prueba esta pluralidad de posiciones frente a la idea de Dios, es el hecho de que en esa esfera nos está vedada la evidencia. "Yo tengo la certeza de que Dios existe. Lo demuestro y en esta demostración no admito la posibilidad de equivocarme". O bien: "Yo tengo la certeza de que sólo el universo existe. Lo demuestro y en esta demostración no admito la posibilidad de equivocarme". ¿Quién se atrevería a asumir el dogmatismo implicado en ambas declaraciones, a la vista de las discrepancias de los filósofos? ... ¿Quién se atrevería, sin el temor de parecer extravagante o risible? ...

Nótese que ese recuento de doctrinas de los grandes pensadores en lo tocante al problema del universo —o de Dios, que tanto da— no tiene el significado de una estadística. Antes se demostraba a Dios por el *consentimiento universal*. Digamos, por mayoría de votos, estadísticamente. Tratándose de una de las materias más complejas y profundas que nos plantea el pensar filosófico ¿en qué nos puede ayudar un cómputo de opiniones de personas ajenas a estas disciplinas? ¿Qué me puede importar a mí lo que piensen los Beatles acerca de Dios? ...

El alcance de la enumeración anterior es otro: si los cerebros más poderosos del mundo, curtidos en estas meditaciones, no arriban a un resultado concorde, quiere decir que la mente humana no puede obtener la certidumbre en esa esfera con los datos de que por el momento dispone. Es posible que el futuro nos permita esclarecer esta incógnita. Pero hasta hoy es una incógnita.

En el segundo de los foros de *La gran encuesta* mencionada al comienzo, alguien manifestó que hoy día el ateísmo sólo se daba entre los ignorantes, pues los "sabios" solían creer en Dios. Sería curiosa una encuesta entre los sabios. Pero nada más que *curiosa*, pues los tales, dando a la palabra el sentido de *hombres de ciencia* ("scientists"), tampoco son competentes respecto del problema de Dios, que es esencialmente filosófico, más específicamente, metafísico. Sabios hay que, puestos a opinar sobre el problema de Dios, razonan deplorablemente, en forma que nos haría poner en tela de juicio su competencia propiamente científica, si no supiéramos que no es la misma la estructura mental que hace al "cientista" y al filósofo.

¿En qué forma el futuro podría despejarnos la incógnita de la

existencia de Dios? No lo podrá hacer la metafísica, que ya se reveló irremediablemente problemática —en el sentido de que la certeza es inaccesible en su esfera— y no admite progreso. Sus posibilidades quedaron hace tiempo agotadas. ¿Podrá ser la ciencia la que nos despeje la incógnita? Para ello tendría que demostrar una de dos cosas. O que la materia-energía es autosuficiente, esto es, encierra como suyas propiedades que explican totalmente el proceso cósmico, caso en el cual quedaría eliminada por innecesaria la hipótesis de Dios; o que el movimiento y el cambio no son esenciales a la materia, por lo que el proceso cósmico no podría haber comenzado sin un impulso desde afuera, caso en el cual la hipótesis del primer motor inmóvil, inmaterial y eterno parecería demostrada. Sólo si el laboratorio consiguiera producir sintéticamente la vida —suceso próximo, según algunos biólogos—, entonces un razonamiento analógico nos permitiría inferir que también las restantes incógnitas del cosmos encontrarán en su misma naturaleza o substancia una satisfactoria explicación. ¿No ha dicho hasta hoy la filosofía espiritualista que sólo Dios puede crear la vida, ya que sus fenómenos poseen propiedades esencialmente diversas de las de los fenómenos químicos, por lo que aquéllos son irreductibles a éstos? (La disidencia de Teilhard de Chardin en esta cuestión es uno de los motivos de las sospechas que suscita su ortodoxia en los medios católicos).

Antes de abandonar este capítulo de la radical incertidumbre que afecta a la especulación sobre los problemas últimos del universo, consignemos que otra reflexión de alcance escéptico surge del hecho de que se utilicen recursos patéticos para demostrar la existencia de Dios. Gran tema para oradores sagrados elocuentes. Al abordarlo, célebres predicadores, como Lacordaire y Monsabré, arrebatában al "tout Paris" congregado al pie de sus cátedras en las inmensas naves de Notre-Dame. Pero a nadie habrían logrado emocionar probando la validez del silogismo o el principio de contradicción... Creo que se puede sostener que sólo se recurre a la elocuencia para persuadir de proposiciones del orden moral o sentimental, y jamás para inculcar certezas accesibles mediante una irrecusable demostración racional.

6. Volvamos a la pregunta de *La gran encuesta*: ¿ha muerto Dios? Es evidente que, por definición, Dios no puede morir, pues lo concebimos como el ser necesario y eterno. El único sentido inteligible que podamos asignar a la pregunta es entonces este otro: ¿está disminuyendo en el mundo el número de los que creen en Dios? Si se prefiere ¿está muriendo Dios en las almas?...

Puede decirse que, en general, la filosofía moderna ignora a Dios.

Unos lo niegan explícita y categóricamente. Entre éstos figuran en primer término los materialistas, como La Mettrie, Holbach, Karl Vogt, Büchner, Haekel, Le Dantec, etc. El marxismo representa una aplicación del materialismo a la sociología y a la filosofía de la historia. Luego vienen algunos de los positivistas que llamaríamos clásicos, como Comte, Littré, Stuart Mill, Jean Marie Guyau, etc.¹. En seguida algunos pensadores cuya originalidad hace difícil encasillarlos, como Schopenhauer, Stirner y Nietzsche. Tras ellos los representantes del nuevo "positivismo lógico", como Moritz Schlick, Rudolph Carnap, Ludwig Wittgenstein, Bertrand Russell, etc. Y finalmente, un grupo de los existencialistas, como Heidegger, Sartre, Camus, Simone de Beauvoir, etc.².

Otros desdibujan o esfuman su negación bajo alguna de las variadas formas del panteísmo, como Spinoza, Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach, Ed. von Hartmann, León Brunswic, Wundt, Gentile, Bergson, etc.

Otros, finalmente, se asilan en la paciente y prudente actitud del agnosticismo, como Hume, Kant, Renan, Taine, Spencer, Albert Lange, Hans Vaihinger, Croce, Santayana, Unamuno, Ortega y Gasset, etc.

Creo que el pragmatismo no es sino una forma de agnosticismo: afirmar que la verdad trascendental es lo que nos ayuda a vivir, lo que se revela prácticamente fecundo y positivo, es una manera de

¹Decir con Auguste Comte que Dios es la Humanidad y rendir a ésta el consiguiente culto, constituye la manera más elegante y... humanitaria de negar la existencia de aquél, sin decirlo. En cuanto a Stuart Mill, baste decir que en una obra póstuma nos habló de un Dios finito y limitado en su poder, que habría modelado la materia eterna. ¿Eso es Dios?...

²En el simposio tantas veces recordado se aludió a una aproximación al deísmo en el pensamiento de Heidegger en sus últimas expresiones. En realidad, parece no haber sido nunca muy explícito al respecto, según lo muestra Régis Jolivet en su

obra *Les doctrines existencialistes*. Pero supongamos lo mejor para la posición deísta: su majestad el gran filósofo Heidegger le hizo a Dios el honor de reconocerlo. ¿Y por qué no antes?... Seguramente porque dicho pensador, con toda su penetración y su arsenal metafísicos, no había visto alzarse a Dios en su horizonte. Si no lo vio el Heidegger de sus años de plenitud ¿cómo se pretende que lo encuentren cerebros mucho menos dotados?... Si algo probaría ese presunto reconocimiento tardío, es la inaccesibilidad de la certeza en esta materia.

afirmar que la verdad nos es inaccesible o de confundirla con la utilidad, esto es, de escamotearla. Por lo demás, algunos adeptos del pragmatismo tienden al ateísmo, como Ferdinand C. S. Schiller, de un subjetivismo radical³.

¿Quiénes, en el campo de la filosofía, continúan fieles al deísmo tradicional? Casi únicamente los adeptos de las diversas confesiones cristianas, particularmente los teólogos, entre los cuales, desde la segunda mitad del siglo XIX, floreció el *neotomismo* (con Liberatore, Kleutgen, Pesch, Palmieri, Mercier, Sertillanges, Maritain, Gilson, etc.).

Pero es muy sintomático o sospechoso, desde un punto de vista gnoseológico, que para advertir la validez de las demostraciones de la existencia de Dios, sea necesario profesar un credo religioso...

Y todavía haremos unas reservas. Dentro de ese mismo mundo cristiano se han producido verdaderas crisis de escepticismo respecto de la posibilidad de una demostración racional de la existencia de Dios, crisis que han dado origen a tres corrientes que hicieron época: el fideísmo, del siglo XVIII; el tradicionalismo, hacia mediados del siglo XIX, y el modernismo o filosofía de la inmanencia, de comienzos del siglo XX, todos los cuales negaron la demostrabilidad de la existencia de Dios, al que sólo creyeron tener acceso al través del sentimiento o la intuición.

En el citado artículo de la revista *Time*, se aducen numerosos testimonios de teólogos actuales, principalmente norteamericanos,

³Como las filosofías se compenetran y rara vez son sistemas cerrados, impermeables, no se extrañe que haya debido hacer figurar como panteístas a quienes, desde otro ángulo, son positivistas. En el simposio de Radio Portales Bergson fue citado como deísta. Propiamente fue un panteísta. Por algo la Iglesia Católica colocó en su "Índice de Libros prohibidos" (por el Decreto de 19 de junio de 1914) las obras fundamentales del filósofo: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, *La evolución creadora* y *Materia y memoria*. También se aludió como deísta a Ortega, debido a su

pequeño ensayo "Dios a la vista", en el que elude todo pronunciamiento personal y directo y enuncia y trata frívolamente, periodísticamente, la tesis de que la posición de la filosofía ante el problema de la divinidad ha estado sujeta a una permanente alternancia de afirmación y agnosticismo, tesis que nos parece reñida con la historia. Por lo demás ¿podríamos considerar como deísta a quien, como Ortega, dijo textualmente, aunque repitiendo a otros: "Dios, un auténtico Dios, no tiene ser, consistencia estable y fija: es pura voluntad, ilimitado albedrío?"...

ingleses y alemanes. Es revelador el hecho de que los protestantes expresen invariablemente una actitud fideísta o pragmática: quieren, necesitan que exista un Dios y por eso creen. Ninguno *sabe o conoce* su existencia por demostración metafísica.

Parece justificarse, pues, la constatación inicial del presente capítulo, de que la filosofía moderna ignora a Dios. Aun procedería establecer que el mismo problema de la encuesta, "¿existe o no existe Dios?", ya es anacrónico, pues fue dejado atrás por el movimiento de las ideas. El problema que en la actualidad se nos impone y apremia, a lo menos desde Kant, es este otro, mucho más comprensivo y radical: ¿se abre a la mente humana la posibilidad de conocer con certeza la realidad subyacente tras las impresiones de nuestra conciencia? ¿cómo es, y existe acaso, un nómeno detrás de los fenómenos?...

En cuanto a las masas incultas o semicultas —y aquí van incluidos los científicos ayunos de metafísica— a las que está vedado el acceso a la especulación filosófica, siempre han creído y probablemente siempre creerán. Arrastran generalmente existencias grises, mediocres y sufrientes, a veces desesperadas, y anhelan consuelo, sienten "hambre y sed de justicia". Hoy parecen compartidas entre la fe marxista y la fe religiosa. A tales masas no les interesa la verdad. (La verdad es lujo de entendimientos refinados). Sólo buscan paraísos. Por esto el marxismo les promete un paraíso en la tierra mientras la religión lo promete en el cielo. Como esto último exige la espera de una vida ultraterrena, las masas religiosas suelen ser pacíficas y resignarse al orden establecido. Como el paraíso terreno del marxismo supone urgencia e inmediatez, sus creyentes son impacientes y revolucionarios.

7. Antes de cerrar este pequeño ensayo no dejaré de consignar lo que llamaría la indiferencia de Dios —supuesto que exista— a ser conocido de los hombres. ¿Por qué nos hizo tan larga y llena de meandros la ruta de aproximación, que en ella sólo divisó perdidos, maltrechos y desanimados, si exceptuó unos cuantos místicos cuyos recursos me son inaccesibles e incomprensibles?...

Los antiguos tratados de filosofía incluían un nutrido repertorio de "pruebas de la existencia de Dios": como primer motor inmóvil, como causa incausada, como ser necesario parapetado tras la contingencia del mundo, como supremo ordenador, como único legislador en la esfera de la moral, etc. No pido tantas. Pido una sola. Pero que sea realmente demostrativa. Mil argumentos probables no crean una certeza. No me interesa que alguien *crea o no crea* en

Dios. Busco a uno que *sepa* que Dios existe. O que no existe. No he hallado a ese tal, ni en los libros ni en la vida.

“Me espanta el silencio eterno de esos espacios infinitos”, apuntó la trémula pluma de Pascal. A mí me espanta el silencio eterno de Dios.

8. Parece contrastar este ocultarse de la divinidad —Deus absconditus— con el asedio de que lo hace objeto el hombre, cuya historia entera, desde las cavernas hasta los satélites artificiales, gira en torno de lo divino.

Explíquese como quiera, Dios es amado. Y el hombre lo ama aún más que a sus semejantes, pues cuando éstos lo decepcionaron muchas veces al carecer de las perfecciones soñadas y buscadas, se volvió hacia el Padre celestial ofreciéndole todo su saldo de ternura sin empleo, seguro de no ser esta vez traicionado ni frustrado. Quien dude del amor de que Dios es objeto, que asista a la muerte de un auténtico cristiano, que visite uno de esos santuarios que encienden la fe de los creyentes, y comprobará lo que decimos. Para esos fieles Dios nada tiene que ver con la entelequia aristotélica-tomista, sino que es un ser personal; todo lo invisible que se quiera, pero un corazón.

Y así como el más delicado de los sentimientos nos vedaría someter a discusión la virtud de una mujer en presencia de su hijo, un escrúpulo de la misma nobleza nos impide poner en tela de juicio la existencia de Dios ante quien ha puesto en El toda su fe, sus esperanzas y su amor. Sería una especie de parricidio moral.

Esta consideración ética de tan elevada jerarquía ha hecho del problema de Dios una especie de tabú fuera de los estudios especializados. Parecía existir un tácito convenio de caballeros en el sentido de no tocarlo. Pero esta situación tiende a alterarse precisamente por la disminución general de la fe religiosa, por esa “muerte de Dios en las almas” anteriormente comentada. El simposio de Radio Portales lo dejó demostrado, el llevar al seno mismo de los hogares, sin discriminación alguna posible entre librepensadores y cristianos, la discusión sobre la existencia de Dios. Sin ese foro no se habrían escrito las presentes cuartillas.

Pero ocurre que si el corazón tiene sus derechos, el pensamiento también posee los suyos. Y debemos hallar alguna manera de que sean cautelados unos y otros, sin desmedro de la convivencia propia de nuestras sociedades “pluralistas”. Si yo, como hombre, me siento

solidario de quienes no dudan ni por un instante de la realidad trascendente de Dios, al que aman como al Padre, también me siento envuelto en otra solidaridad con otros transeúntes de la vida carentes de la fe de los primeros.

Teniéndolos a todos presentes, he procurado ejercitar mi derecho de pensar sin lastimar a los unos, pero sin tampoco defraudar a los otros. Quisiera haberlo conseguido.